

## &gt; TRIBUNA

SOCIEDAD / FELIPE FERNÁNDEZ-ARRESTO

# La tiranía de la mayoría

**N**UESTRA SOCIEDAD es cada vez más abierta, más liberal, más tolerante... En definitiva, más libre. ¿Verdad? Pues yo creo que no, o al menos que nuestra liberación ha sido muy desigual y ha ido creando nuevas víctimas, nuevas tiranías. Es innegable, por supuesto, que hoy más que nunca aceptamos –con relativamente pocas excepciones– una mayor diversidad en el comportamiento, el lenguaje, el vestido y, sobre todo, en las preferencias sexuales.

Es igualmente cierto que los prejuicios por razón de sexo, edad, minusvalía, religión o color de piel ya son inaceptables. En medio de un mundo de múltiples civilizaciones e intercambios culturales, aceptamos el pluralismo como credo común, porque, paradójicamente, es la única ideología que podemos compartir todos. Mientras tanto, la democracia y el capitalismo siguen triunfando a nivel mundial, extendiendo las fronteras de nuestros valores liberales. Pero ni el pluralismo, ni la democracia ni el capitalismo no nos ha hecho verdaderamente libres; nos imponen, más bien, nuevas formas de conformismo que hundan nuestro espíritu. No me refiero a las limitaciones ya conocidas: ni a la corrección política, que tiende a estrujar las opiniones heterodoxas, ni al sacrificio de derechos civiles que exige nuestra lucha contra el terrorismo. Mi ansiedad por la pérdida de la libertad surge de temores más profundos y experiencias más inquietantes.

El otro día, por ejemplo, di una vuelta por el famoso Hyde Park de Londres, lugar de enorme resonancia en la historia de la libertad. Allí, en 1855, se organizó la mayor reunión política del siglo XIX inglés, para denunciar, según co-

mentó en el acto el mismo Karl Marx, «las fuerzas anticuadas que se mantienen en el poder a pesar de haber perdido su derecho a existir». Desde entonces hasta 1867 el parque se convirtió, año tras año, en un campo de batalla entre el pueblo y la policía, hasta que se estableció definitivamente como un lugar de protesta pacífica, privilegiada y protegida por las autoridades. Hasta el día de hoy, en el rincón del extremo noreste del parque, al lado del Arco de Mármol, frente a los antiguos palace-



tes aristócratas de Park Lane, se mantiene el *Speakers' corner*, donde cualquier ciudadano tiene derecho a improvisar una tribuna y declarar su opinión, por excéntrica, ofensiva, extremista o loca que sea.

Allí, en torno a 1908, Julio Camba escuchó a un anarquista exhortar a su audiencia a incendiar la ciudad y masacrar a la burguesía. Intervino la policía, y el español se asombró cuando, en lugar de arrestar al pirómano, los agentes se llevaron a un colérico e indignado miembro del público, cuyos gritos e intentos

de tirar huevos y tomates impedían al anarquista ejercer su derecho a expresarse libremente y decir lo que le diese la gana.

En mi paseo del otro día encontré una escena aún más sorprendente: no había nadie en el *Speakers' corner*. Nada de tribunas, de discursos, de incendiarios, de extraviados, ni siquiera un loco, ni rastro de esa muchedumbre de curiosos desocupados que solían acudir allí para reírse de los disparates de los oradores. Era como si el árbol de la libertad se hubiese marchitado y su fruta acorchado, o como si se hubiera agotado la diversidad de opiniones.

Pensé en Camba. Me acordé de la conclusión sabia que sacó de sus observaciones. Los españoles, dijo, eran más libres que los ingleses, porque éstos se aburrían con la libertad de *decir* todo, mientras aquéllos gozaban la libertad de *ser* todo. Un inglés se encontraba entonces obligado a amoldarse a las normas de una sociedad rígidamente homogénea, donde hasta el famoso excentrismo inglés no era sino una desviación permitida de la especie, y aun el mismo anarquista del parque era anécdota. Un español, en cambio, podía ser lo que se le antojase –mendigo o místico, eremita o bandido– sin sacrificar el respeto de los demás ni el sentido de jugar un papel útil y honrado en el mundo. Al inglés le encerraba un conformismo ceñido, mientras que el español gozaba de la riqueza de una imaginación sin límites.

Creo que Camba tenía razón. El capricho es la base de la libertad y el conformismo es la cadena que nos la impide. En la actualidad hemos creado zonas virtuales para el ejercicio de la imaginación, como los videojuegos, donde tenemos la libertad de ser superhéroes si nos sometemos a las reglas del juego; o los *chat rooms* y las redes sociales, donde podemos

mentir hasta deludirnos a nosotros mismos. En nuestra vida diaria, mientras tanto, hemos erigido toda una serie de nuevos obstáculos conformistas. Permitted la sodomía y el sadismo, pero el celibato o la virginidad excitan incredulidad o sospecha. Puedes ser adicto a la tele, pero no al tabaco ni al alcohol. Puedes practicar todo el deporte que quieras pero te reprocharán si eliges una vida sedentaria. No se te permite menospreciar el dinero, ni la salud ni la seguridad, que son las creencias sagradas de la religión universal moderna. Puedes consumir todo, menos la buena comida grasienta. Puedes tener la talla que quieras, siempre que sea delgada. Las mujeres han alcanzado la emancipación, menos las que quieren dedicarse plenamente a ser madres y amas de casa. A mis amigos homosexuales nadie, menos yo, se atreve a preguntarles cómo se les ocurre criar niños –y en algunos casos *compartirlos* con las amigas lesbianas que los parieron, dejándolos pasar una semana con la pareja gay y la otra con la lesbica–; pero mis amigos solteros sufren un bombardeo de preguntas sobre si son felices. Y a las mujeres que no tienen ni quieren hijos, por rechazo o indiferencia, se las persigue con expresiones molestamente compasivas o con ofertas impertinentes de intervenciones tecnológicas para superar su supuesta infertilidad.

Intentamos conseguir la igualdad y hemos llegado al conformismo. Queríamos crear democracias y hemos alcanzado la tiranía de la mayoría. Procurábamos acabar con las prebendas injustas y hemos anulado el privilegio de ser diferente. Nos propusimos desechar la represión y no logramos sino cambiar sus límites. Buscábamos la libertad de todos y hemos creado nuevas minorías perseguidas. ¡Que vuelvan los extravagantes a Hyde Park! ¡Que se regenere el espíritu de Julio Camba!

Felipe Fernández-Arresto es historiador y titular de la cátedra William P. Reynolds de Artes y Letras de la Universidad de Notre Dame.

'CASO STRAUSS-KAHN' / ÓSCAR SANTAMARÍA

# Políticos y chimpancés, sexo y poder

**P**ODER y sexo comparten un ingrediente esencial: la testosterona, esa hormona segregada en los testículos que influye en la agresividad, la complejidad física, la ambición y la actividad sexual. Podríamos decir, vulgarmente, que el poder es *cuestión de hormonas*. Como el sexo en su vertiente más animal, tiene relación con la capacidad de dominación, de influencia y de imponerse al resto del grupo.

Estos días el mundo anda conmocionado por la detención en Nueva York del director gerente del FMI, el francés Dominique Strauss-Kahn, que podría pasar el resto de su vida en la cárcel por un presunto intento de violación. La misma semana, el ex gobernador de California Arnold Schwarzenegger ha confesado que tuvo un hijo, hace 10 años, con una empleada de hogar, lo que, junto a otros escarceos extraconyugales le ha costado el matrimonio. Hace apenas unos meses, Moshé Katsav, ex presidente israelí, fue declarado culpable de dos delitos de violación, por los que podría pasar hasta 16 años entre rejas.

Estos son sólo algunos ejemplos prácticos –hay cientos más en la Historia, no sólo en las más recientes páginas de la política contemporánea– en los que hombres poderosos se han visto envueltos en escándalos de abusos sexuales o públicas infidelidades. Casos que, en

su mayoría, tienen que ver con sus posiciones de superioridad (dejemos claro de antemano que no se intenta aquí, de ninguna manera, justificar estas acciones ni siquiera compararlas: mientras las infidelidades son un asunto privado, los abusos sexuales y la violación no sólo son intolerables sino que son delitos, y muy graves). John Searle, profesor de Filosofía en Berkeley, acierta de lleno cuando define el poder como «la habilidad de conseguir que los demás hagan lo que uno quiere, tanto si les apece como si no». Mal calculado, de ahí nacen los excesos y los abusos.

El psiquiatra Arnold M. Ludwig repasa en *King of the mountain. The nature of political leadership* las similitudes en la lucha por el poder entre hombres y chimpancés –salvando las debidas distancias– y el destacado papel que tiene el sexo en dicha batalla. En un análisis de la Historia de 1941, compara el índice de infidelidad, poligamia y conquistas sexuales de políticos de 199 países del siglo XX con el del vulgo. Entre los que clasifica como tiranos, el 95% demuestra una gran promiscuidad sexual (pensemos en Mussolini, Trujillo, Idi Amin...), porcentaje que baja tímidamente al 87% entre los monarcas (más discretos actualmente que los de siglos pasados) y que en el caso de los demócratas se sitúa en el 40% (Berlusconi, Mitterrand, Kennedy, Clinton...). Según su estu-

dio, cuanto más poder se ostenta, mayor promiscuidad se desarrolla en el terreno sexual.

Jane Goodall, tal y como cita el propio Ludwig, concluyó tras décadas observando el comportamiento de los chimpancés que la fuerza última que conduce a los machos a mejorar su estatus es «maximizar su potencial reproductivo» a costa de sus competidores. Es decir, el sexo afianza su posición dominante.

Adolf Tobeña, catedrático de Psicología Médica y Psiquiatría de la Universidad Autónoma de Barcelona, parte en su libro *Cerebro y poder* de la tesis de que el poder es cuestión de testosterona. Subraya que esta hormona androgénica está relacionada, y mucho, con las conexiones que encienden las contiendas por el poder y por el estatus. Tobeña distingue entre la dimensión física del poder –muscultura, fuerza, armamento, ejércitos– de la biológico-hormonal. De forma similar a Ludwig, también compara estudios realizados con animales, no sólo chimpancés, sino también peces, moscas o hienas. La conclusión es parecida: la testosterona está relacionada, es decir se eleva, con el ejercicio del poder.

Otro interesante estudio dejó claro que los niveles de testosterona también varían no sólo en el ejercicio del poder, sino durante la lucha por hacerse con él, incluso de forma indirecta. Disminuían en cambio cuando el candi-

dato favorito en unas elecciones perdía. La investigación, llevada a cabo por las universidades de Michigan y Duke, se realizó la noche electoral de 2008 en EEUU. Los expertos recogieron muestras de saliva de 183 personas horas antes y después de conocerse el desenlace de los comicios. Los resultados fueron demolidores: aquellos hombres que votaron por McCain experimentaron descensos de sus niveles de testosterona de hasta un 25% al conocer su derrota. Los partidarios de Obama no bajaron sus niveles, y eso que por la noche suelen disminuir. A raíz de este estudio, el matrimonio de investigadores Patrick y Charlotte Markey concluyeron, analizado el tráfico en internet, que en los estados en los que se votó más por el ganador (Bush en 2004, demócratas en las *midterm* de 2006 y Obama en 2008), hubo más entradas en páginas porno. La diferencia es leve, pero estadísticamente significativa. Según parece, la victoria excita.

Aunque las cosas han cambiado mucho en los últimos años, sobre todo con la extensión de la democracia –con sus contrapesos y equilibrios–, el ejercicio del poder sigue siendo, en buena parte y como hemos visto, cuestión de testosterona.

Óscar Santamaría es consultor de Asesores de Comunicación Pública.